

La educación sentimental de un mexicano sexodiverso del medio siglo XX¹

Humberto Guerra

En la actualidad, se ha echado para abajo la idea de que el texto autobiográfico digno de leerse emanaba exclusivamente de plumas que habían validado su condición de sujetos meritorios de aprecio en algún ámbito de desarrollo humano y, entonces, la escritura autobiográfica se daba en las postrimerías de la existencia personal. Afortunadamente, el panorama se ha diversificado y se ha puesto atención en una gran variedad de textos, en los cuales las voces silenciadas o invisibilizadas han cobrado un lugar de privilegio. De esta forma, toda clase de minorías o grupos marginalizados pueden ahora encontrarse y cuestionarse a través de textos que, relatados en primera persona, retrospectivamente y con diversos grados de verosimilitud, contribuyen a conocer no únicamente una individualidad, sino modos de vida, condiciones existenciales, momentos sociohistóricos y reflexiones que pueden dar cuenta de grupos que escasamente han tenido el uso de la palabra como medio de expresión y reconocimiento.

Esta es la primera gran ventaja que encontramos en *Memorialia de aceras olvidadas. Una semblanza gay de la Ciudad de México*. Con este texto, su autor se une a un grupo de autobiógrafos mexicanos que han hecho de su vida sexo-afectiva un área importante de su existencia, tan importante que se han dedicado a su textualización. Desde Salvador Novo y Elías Nandino, pasando por José Joaquín Blanco y llegando a Hernán Bravo Varela y Gabriel Canales, José Porrás contribuye a un canon autobiográfico mexicano homoerótico que parecía no existir, pero que se está descubriendo como irreverente, desestigmatizador, fuera de las patologías y presente, sobre todo, en todos los recovecos de la inmensa y lujuriosa Ciudad de México.

Estos textos también hablan de diferentes batallas, errores y pérdidas que pueden englobarse en el concepto de lucha contra la homofobia. Sabemos que este síndrome es

¹ Este trabajo está vinculado a los siguientes dos proyectos: “Herменéutica del pensamiento, los lenguajes y la conducta”, del área de investigación en Polemología y Herменéutica, Departamento de Política y Cultura, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, y “Diversidad de género, masculinidad y cultura en España, Argentina y México” (FEM2015-69863-P MINECO-FEDER).

VERSIÓN PRE-PRINT: la versión final, a la que se remite, fue publicada en *Antes del orgullo. Recuperando la memoria gay*, ed. Jorge Luis Peralta, Barcelona-Madrid: Egales, 2019, pp. 113-121.

de muy reciente acuñación y que en un primer momento podría ser aventurado o impertinente leer estas autobiografías bajo dicho lente. Empero, es privilegio y posibilidad de los/as lectores/as realizar la tarea mencionada, que nos parece prioritaria, incuestionable y benéfica para la sociedad mexicana. Pues esta ha procurado visibilizar al hombre que se relaciona sexual y afectivamente con otro(s) hombre(s) de una forma peculiar; es decir, a diferencia del caso lésbico, los hombres homoeróticos sí forman parte del imaginario social, tienen cierto lugar en los diferentes contextos urbanos, rurales, campesinos e indígenas, pero siempre como el contraejemplo del hombre “verdadero y valioso”. El varón homosexual estereotipado ha existido (si bien de forma degradada) para que exista el Hombre, con “h” mayúscula, el macho, apreciado e idealizado de forma perversa para cumplir las funciones propias de un Estado y sociedad autoritarios, clasistas, racistas, misóginos y homófobos. Este último término es el de más reciente adhesión a las problemáticas sociales en México y con ello se ha comenzado a despojar a este “Hombre” de su condición intocable, que tenía su mayor prerrogativa en la denostación de cualquier “rasgo homosexual”, además, se le ha cuestionado su pretendida condición “natural” y “normal”.

En este contexto, aparece la autobiografía de Pepe Porras para ayudarnos a recordar, reconstruir y repasar el estado que guarda la condición homosexual en México. ¿Cómo llegamos a esta conclusión? A través de ciertos temas y anécdotas que son, desde nuestro punto de vista, los más abarcadores y que ponemos a consideración de los/as lectores/as.

En primer término, se impone referirse al autor, pues la determinación de las fronteras personales del autobiógrafo es un interés legítimo de todo/a lector/a de este tipo de textos autorreferenciales. El autor-personaje principal-narrador (el rasgo distintivo de las autobiografías es la confluencia en una sola entidad de estas tres funciones, generalmente separadas en otro tipo de textos ficcionales o documentales) de *Memorialia de aceras olvidadas* es un hombre que hizo el recorrido más fructífero que podía pensarse para un habitante mexicano de mediados del siglo XX. Abandona la provincia originaria (y sus condiciones restrictivas en todos los ámbitos) para radicar en la capital (urbe macrocéfala resultante de una sociedad rigurosamente vigilada y centralizada); pasa por una serie de trabajos que a pesar de su modestia y precariedad le

permiten una vida mundana, con las conveniencias y condiciones del anonimato urbano en franca transformación. Comienza viviendo una vida sexo-afectiva soterrada, pero extremadamente activa, llena de recursos y posibilidades, y se ubica finalmente en la estabilidad laboral, económica, amorosa e identitaria que parecía estarle vedada. Este presente venturoso desmiente el lugar común y degradado que se adjudica a los hombres homosexuales, compuesto por la soledad existencial, la carencia amorosa, la identidad vergonzante e impuesta y la precariedad monetaria. Afortunadamente, la autobiografía nos obsequia lo contrario a esta condena que parecía casi imposible de conjurar. Con todo, el autor se atrincheró en el uso del “nosotros” al hablar de esa vida gay que le tocó conquistar, gozar y padecer por partidas iguales. Trata así de proteger su intimidad, pero quien lee puede acceder a la misma sin su permiso, el texto lo permite y, al mismo tiempo, nos invita a involucrarnos en ese uso colectivo del “nosotros” que accedió a cambios fundamentales entre la condición homosexual y la identidad sexodiversa o gay que se gesta justo en la época en que el autobiógrafo llega a la Ciudad de México (década de 1960) y culmina su conformación más o menos al fenecer el siglo XX. En este sentido, el recorrido vital del autor nos recuerda una verdad contundente: la batalla cívica, moral, identitaria de las diversidades sexuales se ha ganado, a pesar de todos los retrocesos, violencia y sinsabores que la visibilidad ha traído consigo. Es una situación agrídulce, pero definitivamente más bondadosa que consternada.

En segundo término, estamos frente a una autobiografía que se alimenta de todas las posibilidades del consumo cultural que no ha dejado de ensancharse para abarcar territorios y perspectivas muchas veces disímiles, pero convergentes en dar opciones identitarias sobre el ejercicio homoerótico. Así, la literatura, la puesta en escena y el cine, sobre todo, sirven de alimento cultural y permiten ventilar fantasmas propios y extraños en un muy productivo proceso de retroalimentación entre el personaje principal autobiografiado y la novela para “iniciados”; entre el autor y las películas que tímidamente pueden decodificarse en clave homosexual; entre el narrador y el ejercicio global de destape y secularización de discursos y políticas que eran otroramente detentados por la institución sanitaria y la religiosa en velado contubernio. En este aspecto, los/as lectores/as pueden hacerse un programa, una agenda, de las cuestiones concernientes a la homosexualidad masculina a través de las referencias tanto artísticas

como, tiempo después, las provenientes de las ciencias sociales que se comentan, y que sirven al autobiógrafo para encontrar sostén, refugio, palestra de cuestionamiento y satisfacción. Estamos frente a un autobiógrafo culto, letrado, preocupado por encontrar siempre respuestas y nuevas incógnitas a través del consumo de los muy variados bienes culturales que se ofrecen en la Ciudad de México y que la han caracterizado como una urbe con una vida cultural singular.

En tercer término, el texto de Porras contribuye a alimentar una muy considerable bibliografía sobre las posibilidades de esta gran urbe. En este aspecto, *Memorialia de aceras olvidadas* se emparenta con textos periodísticos, historiográficos, antropológicos, literarios y de muchas otras perspectivas interesados en registrar, codificar e imaginar el Valle de México. Al mismo tiempo, se puede comprobar que las diversidades sexuales, en un principio sobre todo el homoerotismo, tienen en las calles, construcciones y espacios públicos sus mejores aliados para el ejercicio de la sexualidad fuera de los ámbitos de la heterosexualidad. Esta ventaja urbana, que ya había sido descrita por Salvador Novo en *La estatua de sal* (c. 1945), es apropiada gracias a la invisibilidad y el anonimato propio de las grandes aglomeraciones humanas. En este punto, el autobiógrafo es un testigo privilegiado, debido a que vivencia cambios definitivos en las relaciones sociosexuales.

En la primera década descrita, no existen espacios de convivencia como tales, aunque hay algunos que al amparo de la oscuridad cambian su rostro para dar cobijo a los habitantes de la noche. El homosexual de entonces se confunde, mimetiza y convive en los lugares nombrados como “de mala muerte” o “los bajos fondos” (que con estas denominaciones generalizadoras ya dan cuenta de la apreciación social que se les da). Impera aquí el ejercicio homoerótico considerado como desecho social y manifestación patológica. Las loncherías del barrio de la Merced, llamadas “bodeguitas”, bajan la cortina de metal y dejan enclaustrados a los parroquianos que se disputan la preeminencia representacional: alcohólicos, homosexuales, prostitutas, proxenetas, “chichifos”. Estos espacios convivirán (si bien en posición minoritaria) con lugares apropiados por una naciente comunidad homosexual, como la famosa cadena de restaurantes Sanborns en sus sucursales de la zona más céntrica de la ciudad, neverías y centros nocturnos en las inmediaciones de la Plaza Garibaldi... más tarde aparecerán las

discotecas para “todos” y las que se dirigían a un público exclusivamente homo. En este sentido, el autobiógrafo se contemporiza con muchos otros textos donde se afirma que el fenómeno discoteca propició la identidad gay al brindarle un espacio de desarrollo y expresión.

En este contexto cambiante hay un sujeto social que acompaña toda la experiencia de las épocas descritas: el policía o el judicial quien no busca en realidad guardar el orden moral o llevar a cabo una campaña homofóbica, sino que ve la mejor fuente de ingresos en los sujetos que deambulan por parques, cines, vapores y avenidas señalados como propios para el encuentro de compañeros sexuales. Las famosas y temidas razias, cuando la policía “jalaba” con todos los asistentes de una fiesta particular en las colonias Roma o Condesa, o las múltiples discotecas que aparecían y desaparecían como efímeras flores del desierto, o los famosos “ganchos”, hombres que en ciertos lugares se hacían pasar por ligue para después entregar al homosexual a las manos de la extorsión. La mayoría de las veces este proceder terminaba con el despojo económico y raramente en la violencia física. Insistimos, la policía se aprovecha de los grupos más desvalidos, aquellos quienes frente a la amenaza de la “delación” de su sexualidad aceptan las condiciones de “los agentes del orden”. Ciertamente del orden corrupto y corruptor.

Como cuarto tema tratado en la autobiografía se pueden agrupar una serie de reflexiones sobre la cuestión gay o sexodiversa. La mentalidad, la valía personal, la relación con “lo femenino” y con “lo masculino”, entre otros puntos, se trasvasan de página a página y de anécdota a anécdota de manera imperceptible, pero que definitivamente moldean la forma en que el propio sujeto homoerótico reflexiona sobre sí y su alrededor. Como en los aspectos tratados anteriormente, *Memorialia de aceras olvidadas* es un texto bisagra porque, como hemos afirmado, cronológicamente se ubica en los cambios de época y consideración del hombre que ve en otro hombre tanto la fuente de los deseos físicos como de los requiebros amorosos.

¿Qué ilustra el autobiógrafo sobre la condición homosexual? Un trayecto que en principio tiene pocas alternativas y las mismas lo atan a una posición degradada, pero con el tiempo va diversificándose y ofreciendo así mayores oportunidades de crecimiento y desarrollo. No es un camino de una sola vía y en él no se consumen

“etapas”, por el contrario, diferentes discursos y estilos de ser y vivir conviven simultáneamente. Estamos lejos de pensar que una opción vital es mejor que otra. Sin embargo, las épocas marcan tendencias preponderantes. Por ello, el lector puede identificar la vida invisible, que en términos más contemporáneos marcaríamos como “en el clóset”, así como “el afecto comprado”, es decir, la costumbre de cierta caracterología que se deja esquilmar por un hombre que se considera heterosexual. El “precio” que este sexodiverso debe pagar por andar con “un hombre de verdad” puede consistir en unos cuantos pesos o significar la ruina financiera. Otro tipo de identidad representada es la del sujeto que vive vicariamente, que se quita hasta la camisa para ayudar a su pareja, a sus familiares, a sus padres, en un afán desmedido por encontrar la aceptación que lo lleva a vivir a través de la vida y las necesidades de los demás, posponiendo (a veces por siempre) sus propias necesidades. Al mismo tiempo, se puede localizar a sujetos que ya no reaccionan a las primeras dos condiciones y motivados por la educación universitaria, las ideologías de izquierda, la liberación femenina o los modelos alternativos de afectividad y agrupación, se percatan de que las asociaciones y partidos políticos “de vanguardia” abogan por todos menos por ellos. La izquierda latinoamericana conceptualizaba al hombre “homo” como una desviación burguesa, un individuo poco confiable, susceptible de “venderse” al enemigo por su debilidad caracterológica. Lo único cierto es que este retrato es tan burgués como la ideología burguesa más convencional. Despegándose de esta alternativa política nace el movimiento homosexual en México y es el que invita a ya no “escondersse en público”, como bien acierta Pepe Porras a definir en sus páginas. Este movimiento se transforma en la década de los 80 frente a la crisis del SIDA y muchos de los modelos de atención y prevención saldrán de las filas de activistas que se convirtieron en defensores de derechos humanos y gestores públicos. El panorama aquí queda abierto para las presentes y futuras generaciones de hombres sexodiversos que seguramente fincándose en su “tradicción” están encontrando novedosas maneras de ser y estar en el mundo.

En quinto lugar, y último de este recuento, encontramos la textualización del lenguaje oral del grupo. Se trata de un sociolecto propio de este grupo que, como cualquier otro grupo identitario, busca sus propias formas de expresión para dar cuenta de sus muy particulares experiencias vitales. La autobiografía nos enseña que todo el

español de México puede ser perfectamente *queer*, sabiéndolo pronunciar. Es decir, hay que arrastrar ciertas consonantes como la “r” o la “s” para dar la entonación más jota posible, que evidencia la identidad. El texto marca la palabra “moderno” en su expresión oral para ser clave de reconocimiento o ariete subversivo; por favor, pronúnciese así: “modddderrrnos”, y de la misma manera cualquier otro término, como “marsha” por “marcha”, “masha” por “macha”, “hombrrrreee” por “hombre” y tendrán los/as lectores/as un acervo precioso de modismos, o mejor dicho de jotismos, para convivir y divertirse. La cuestión de un sociolecto particular se marca por épocas: en el texto hay denominaciones que han desaparecido junto con aquello que ayudaba a determinar, como igualmente otros que siguen vigentes y denotan todas las virtudes de la experiencia homo, gay, sexodiversa o queer mexicanas y también sus fobias, su clasismo, racismo, sexismo, machismo, entre otras características no muy encomiables. Hay una regla de oro cuando se quiere denigrar algo, y es que se lexicaliza en femenino; si “joto” ya es bien agresivo, “jota” está elevado a sus últimas consecuencias, mientras que “chichifo” sigue siendo quien se aprovecha económicamente de otro e incluso se ha transformado en verbo: andar “chichifeando” es andar sacando ventaja de algo o alguien, mientras que el compadrazgo (institución mexicana de alta consideración social) se adecua al mundo no heteronormado y así “comadres” designa a “las amigas” más cercanas, al igual que “mana”. Existe aquí una riqueza lingüística de los grupos que han desarrollado un sociolecto o lenguaje particular para designar, calificar y fijar en la experiencia, la memoria y el recuerdo los acontecimientos propios, legitimando así su existencia.

De esta forma, hemos tratado de comentar cinco aspectos que nos parecen los más abarcadores de *Memorialia de aceras olvidadas. Una semblanza gay de la Ciudad de México*. Los mismos se presentan en un orden que no es jerárquico, simplemente se enumeran por necesidad textual, lo que no significa que uno nos parezca más valioso o trascendente en detrimento de otro. Queda en los intereses particulares de cada lector/a hacer sus propias valoraciones. Estamos seguros de que la lectura será irremediablemente iluminadora y entretenida.